

Juan XXIII pasó los Alpes, y se fué á Constanza, no obstante las advertencias de sus amigos que le conjuraban á quedarse en Roma; y los refranes de sus bufones que le decían: «Quien pasa Trento, pierde su asiento». El 28 de octubre entró á caballo en la ciudad conciliar, circuido de magistrados y de cléro; el 5 de noviembre abrió la Asamblea, no obstante la ausencia del Emperador y de los legados de los dos Papas competidores suyos, Gregorio XII y Benedicto XIII. El 24 de diciembre entró el Emperador, que inmediatamente fue á la Catedral, donde ayudó, vestido de diácono, á decir misa al Papa, que en cambio le cedió al cinto la espada imperial y dió la comunión á la Emperatriz. Acto continuo empezaron las sesiones del concilio. La primera dificultad, que en ellas se tocara, fué la presencia de los cardenales nombrados por Gregorio XII, á quienes Juan XXIII quiso arrancar de las catedrales de los capelos. La segunda dificultad consistió en la repugnancia invencible manifestada por Juan XXIII á conformarse con una proposición de Gregorio XII, en que él cesaba de su ministerio y abdicar su tiara, si de su sucesor cesaba y su tiara abdicaban Benedicto y Juan. La tercera consistió en el modo de votacion propuesto por los cardenales enemigos del Papa, que no querian votos por cabeza, lo cual hubiera cedido en pro de los italianos, sino votos por nacion, lo cual equilibraba todas las fuerzas. Las naciones deliberaban aparte, y luego decidian en comun; pero la mayor de las dificultades consistió en la forzosa resolución de Juan XXIII anunciada por advertencias unánimes y de él recibida con terroz é invencible repugnancia. El Emperador Segismundo, que las echaba de eclesiástico, no tuvo empacho alguno en arrojarse á los piés del Papa Juan, abrazarle las rodillas, pedirle que dejara un trono tan combatido y cediera una autoridad tan depositada en bien de la cristiandad. Entre estos clamores, á vista de tales escenas, cuando unos le pedian que abdicara en nombre de la Iglesia, cuando otros le anunciaban que solamente tras su abdicacion podrian elegirle de nuevo, se conjuraban todos á un esfuerzo digno de su entereza; inmóvil, como un ídolo, parecia uno de esos ídolos á los cuales se dirigen plegarias é invocaciones y se arrojan con el frio silencio de la materia de que están compuestos, con el frio silencio del metal ó de la piedra. Despues de esta escena ya no le quedaba nada que le tenia aparejada el concilio. Fué-



ENTRADA DEL PAPA JUAN XXIII EN CONSTANZA.



se, pues, á su palacio episcopal, recogió todas sus fuerzas, meditó con profundísima meditacion, y se resolvió á un acto de verdadera temeridad, á la fuga. Todos estos representantes de poderes en decadencia concluyen por desconocer la debilidad de lo mismo que representan. Y Juan XXIII creia que si dejaba abandonados los padres del concilio cuando su voz los reuniera, cuando su autoridad los convocara, estos se dispersarian como ganados sin pastor ó como ejércitos sin jefe. No adivinaba en su soberbia desatentadísima que no basta con tener una autoridad material, un poder de tradicion é histórico, una de esas dignidades seculares, si al par no se tiene lo que constituye su fuerza, el acatamiento de aquellos que han de obedecerles. En otro tiempo, la fuga del Papa acaso disolviera el concilio; en este tiempo la fuga del Papa queria decir tan sólo que los reyes se van y los pueblos quedan; que los Pontífices huyen y las Iglesias permanecen firmes en su autoridad y en su soberanía.

Dividíase la Asamblea eclesiástica en dos grandes partidos, á saber: el partido papal y el partido anti-papal. Pertenecian al primero los eclesiásticos italianos; y pertenecian al segundo los eclesiásticos alemanes é ingleses, á los que se habian reunido tambien los eclesiásticos franceses. Estos, si no componian el mayor número, componian la mayor influencia, y representaban la mejor razon. Y todos, á una, proponian y demandaban la abdicacion del Papa, resuelto á no concederla en manera alguna, y á evitarla por todos los medios imaginables. Algo debieron oler de sus proyectos de fuga los enemigos de Juan XXIII, cuando redoblaron las precauciones y tambien las guardias. Al cardenal de San Angelo, que dió un paseo por las cercanías, le arrestaron, como si fuera un criminal; y al Papa mismo, que pedía saludable retiro en cercano palacio, negáronselo con inflexible negativa. En tal apuro, Juan XXIII, enemistado ya con el Emperador Segismundo, apeló al afecto de un nuevo amigo suyo, del duque Federico de Austria; y encontró en este la complicidad que no habia podido encontrar en aquel. Era un anochecer; á la primera luz del crepúsculo jugábanse toda suerte de juegos militares en tumultuosos y brillantísimos torneos. Asistian los príncipes del concilio, tan dados á tales fiestas como los mismos caballeros feudales; sonreian las damas bajo sus do-seles y apercibian los premios en sus manos; caracoleaban los caballos en la



férvida arena y contendían entre sí los caballeros; relucían las divisas blasonadas y las bruñidas armaduras; disputaban las pasiones de las muchedumbres asistentes como combatían los esfuerzos de las diversas facciones del torneo; y en aquel general divertimento, que embargaba todas las voluntades y suspendía todos los ánimos, un palafrenero dejaba el palacio episcopal, llevando del freno airoso caballo, y trasponía las puertas de Constanza, y tomaba el camino del lago, y una vez en el lago, se embarcaba en humilde y recatado esquife que á la opuesta orilla le conducía prontamente. Aquel palafrenero era el Papa. El concilio se había quedado sin cabeza.

En cuanto se divulgó la noticia, estalló una general ansiedad. Constanza, que se lucraba mucho con la presencia de semejante Asamblea, temió verla disuelta. El pueblo, que asistía con fe y curiosidad á tan solemnes actos, agorero de suyo, presintió graves males, y comenzó á dar muestras de esos disgustos, que preceden y acompañan siempre á los grandes y procelosos disturbios. Los cardenales italianos, partidarios del Papa y creyentes en su autoridad, temblaron al sentir en los aires el estallido de las fulminantes excomuniones pontificias. Los reyes, los electores, los príncipes, los caballeros anunciaron guerras civiles sin número, dada la situación zozobrosa de los Estados y de los pueblos. Los cardenales enemigos del Papa le achacaron la exacerbación del cisma. Todos los fieles tuvieron algún recelo, alguna sospecha, alguna emoción, todos imaginaron que aquella fuga llevaba consigo la ruina, ó por lo menos, la suspensión del concilio. El Emperador Segismundo salió á caballo, mostrando la serenidad de su ánimo y diciendo á todos que la Asamblea continuaría, no obstante la ausencia de su jefe. Pero lo más grave, lo que encerraba una revolución más profunda, lo que tenía una trascendencia mayor, era el discurso del venerable Gerson, á quien podíamos llamar el Mirabeau de aquella asamblea revolucionaria. Integro en su vida, puro en su conciencia, apasionado del bien con la energía de una voluntad indomable, adorador de la Iglesia hasta el fanatismo, enemigo de que la autoridad del mundo cristiano estuviese representada en una sola cabeza, amigo á guisa de los parlamentarios modernos de estas asambleas deliberantes; dijo que el concilio tenía una inmensa superioridad sobre el Papa, con cuyo apotegma llegó á formular en toda su desnudez y en toda su verdad la revolución religiosa.

Así puede decirse que la palabra de Gerson encendía como la llama de un nuevo ideal, y lanzaba, á manera del espíritu divino, lenguas de fuego sobre la frente de los obispos conciliares. Bien pronto aquella gran revolución parlamentaria tuvo su fórmula canónica, presidiendo la Asamblea el Emperador Segismundo, sentados á su derecha y á su izquierda el elector palatino y el elector de Sajonia, y no lejos el Burgrave de Nuremberg. Sí, la tuvo, cuando el arzobispo de Florencia declaró que el concilio estaba legítimamente convocado y reunido, que la fuga del Papa no podía disolverlo, que sus miembros todos se comprometían y juramentaban á no separarse sino después de haber cerrado la pavorosa división de la Iglesia y haber concluido el triste cisma de Occidente. ¿No os parece asistir al juramento del juego de pelota? ¿No creéis que esos eclesiásticos se asemejan á los pastores del lago de los Cuatro Cantones, cuando levantan contra la voluntad del Emperador en las celestes aras de los Alpes la libertad, la democracia y la República en Suiza? Sí, estos concilios tienen muchas semejanzas con todas las asambleas, que han discutido y que han deliberado, para sobreponerse á la fuerza y á la autoridad de los poderes tradicionales é históricos. Sí, estas asambleas se derivan de las primeras reuniones, que escuchaban al aire libre la palabra de Cristo en los desiertos de Palestina y de las primeras agapas en que los mártires se reunían á la sombra de las catacumbas; y de las primeras asambleas cristianas, que se congregaban en Jerusalem, para conciliar á Pedro y Pablo, cuando los apóstoles iban á emprender su santa peregrinación, ó que se congregaban en Nicea, para redactar el símbolo de la fe antes de que el viejo mundo, ya cuarteado, se aruinara, y que los bárbaros vinieran con sus cuchillos y sus teas á infligirle tantos y tan providenciales castigos. Sí, la tradición evangélica, la tradición republicana, la tradición democrática de la Iglesia de Cristo se concentra y se personifica en estos revolucionarios concilios, que destruyen la antigua monarquía y fundan el nuevo régimen ¡ah! en la comunión del alma de los fieles.

No cabe dudarlo. Si los concilios ecuménicos se hubieran desarrollado; si hubieran permanecido periódicamente congregados como querían todos los eclesiásticos previsores; si hubieran poco á poco imbuido á la Iglesia la reforma, evitaran la revolución. Es verdad que el organismo eclesiástico cam-